

LOS ANUNCIOS Y RECLAMOS DE ESTA PLANA A PRECIOS CONVENCIONALES

Baños de mar en el mejor balneario de Europa

“LA PERLA DEL OCEANO”

Departamentos los mas económicos, morales, higiénicos y confortables

30 BAÑOS CUATRO PESESETAS Con derecho á ingreso gratuito en el balneario

Conciertos diarios por mañana y tarde

PIDANSE TARIFAS

Manufactura nacional

de Galletas y Bizcochos

CANTABRIA

Instalada y Compañía

San Sebastián

Teléfono número 386

Folletón de “LA VOZ,”  
16 de Agosto de 1917.

Esta obra es propiedad de la Casa editorial Maseu, de Barcelona.

Los dramas de la vida

La hija maldita

Versión española

POR

ENRIQUE BAYONA

Tres días después el plan convenido con el conde de Bussiéres respecto al capital que debía pertenecer al hijo de Valentina, quedó resuelto. La suerte de la viuda Sudre y en lo posible la de Edmundo quedaron aseguradas.

Al día siguiente regresó á París. El conde de Bussiéres emprendió un viaje sin decir á nadie dónde iba ni aun al conserje de su palacio. Todos los criados le siguieron excepto Fermín, que abandonó la librería. Mariata le había escrito que no pudiendo permanecer por más tiempo en Asunción se trasladaba á París, donde po-

drian casarse si Fermín continuaba con la misma idea.

El señor de Bussiéres, creyendo olvidarlo todo, y creyendo encontrar lejos de París la tranquilidad que su turbada conciencia le negaba, tomó la resolución de expatriarse, si no para siempre, por algunos años cuando menos.

Fué á Suiza junto al lago de Ginebra, en una casa cerca de Lausanne, donde se instaló con su hijo, la nodriza y los tres criados que le habían acompañado.

El conde, en su soledad, no pensó más que en su hijo, y sólo vivió para él. La educación del joven vicomte fué deplorable por todos conceptos. Jamás existió niño más mimado y consentido. Tenía tal vez el germen de buenas cualidades, pero los malos ejemplos crecieron y se desarrollaron con tal rapidez que ahogaron sus naturales buenos sentimientos.

Fué preciso que todo se plegase á su voluntad; fué para los que le rodeaban y par su padre mismo un verdadero despota. Era colérico y melancólico al que se atrevía á resistirle ó hacerle la más pequeña observación.

En su ternura ciega, insensata, el conde se obstinaba en no ver nada. Cuando años más tarde se apercebía de los tristes resultados de su debilidad, no estaba á tiempo para remediar el mal. El corazón de su hijo estaba gangrenado. Para no tener que separarse de su hijo, á la edad de diez años le puso un preceptor independiente

preceptor y profesores fueron los esclavos y los mártires del indócil alumno, que les consideraba como enemigos. No tenían el derecho de castigarle ni aun el de reprenderle. Les tiraba á la cabeza los libros, los cuadernos, los tinteros, sin que ellos pudiesen castigarle como se merecía.

El conde se vió obligado á cambiar frecuentemente de preceptores y profesores, y acabó por no encontrar ninguno; éste era lo que deseaba el joven Gontrán. Como debe suponerse, no aprendió nada ó casi nada. Ignorante, desenfado y altanero sin contar otros defectos de los que uno solo de ellos bastaba para hacerle imposible, iba á ser un hombre antipático de la peor especie.

La condesa fué salvada. Después de una dolorosa enfermedad de más de siete meses se inició la convalecencia, declarándola los médicos fuera de peligro. Poco á poco fué adquiriendo fuerzas, pero la violencia del choque ocasionó un gran desorden en sus facultades intelectuales. Lo mismo que el cuerpo quedó el alma cruelmente abatida. Lograda la curación de la parte física, la enfermedad moral resistía á los cuidados más inteligentes y á los remedios más enérgicos.

La condesa no estaba loca, pero una lesión grave existía en su cerebro. Había perdido la memoria por completo. «Pobre madre! ¡cáscara era un consuelo para ella! Los médicos le pensaron así. Pero su deber era curarla, sin preocuparse de lo que la interesante enferma pudiera sufrir el día que ella recuperase la memoria ape-

laron á todos los recursos de la ciencia para hallar la curación.

Valentina experimentó un dolor intenso, pero los médicos triunfaron; su sufrimiento estaba curado. La condesa creyó lo que creía todo el mundo respecto á la desaparición de su hijo.

Se le citaron casos análogos. Años atrás un lobo se introdujo en una casa y se llevó auzadamente á una criatura de un año que dormía en su cuna. El hecho ocurrió en una aldea de la Charente.

Supo Valentina que el conde de Bussiéres había salido de París y probablemente de Francia é ignoraba en absoluto en qué país del nuevo ó antiguo continente había fijado su residencia.

La condesa no tenía más esperanzas en este mundo, pero le quedaba la fe. Buscó un refugio en la oración y un consuelo en la caridad. Resolvió dedicar su vida á los desgraciados. Fundó entonces escuelas y asilos para pobres y huérfanos, é hizo innumerables regalos á las iglesias de la comarca.

Los niños fueron objeto de todos sus cuidados; se convirtió en protectora, en su madre.

Mientras la condesa consagraba su existencia al bien, el consuelo y á la dicha de los demás, el conde viajaba á través de Europa en compañía de su hijo.

El vizconde Gontrán tenía veinte años cuando regresaron á París, donde le aguardaba el fiel Germán convertido en intendente y hombre de confianza de su amo.

El antiguo palacio, tanto tiempo cerrado, adquirió un aspecto alegre que jamás había tenido.

El vizconde Gontrán, al que su padre nada sabía rehusar, tuvo sus habitaciones, sus criados, sus caballos y sus coches con perfecta independencia.

El conde de Bussiéres había hecho en dieciocho años forzadas economías, muy cerca de un millón de francos, y tuvo la milladada idea de regalar á su hijo aquella fortuna.

Gontrán, hallándose rico y libre, escapó en seguida de la tutela de su padre y se lanzó loco y aturdidamente en el torbellino arizado de peligros de la vida parisiana.

Pronto se hizo notable por su vida ruidosa, desarreglada y sin freno; entregóse á todos los desórdenes, á todos los excesos aun los más vergonzosos. Hacía ostentación de su orgullo insolente, de hombre rico y noble. Desconoció lo que debía á su padre y no tuvo para él ni gratitud ni respeto como tenía el conde derecho á esperar. Hizo el señor de Bussiéres algunas observaciones severas por su conducta. Pero demasiado tarde ya!

El señor vizconde las escuchó con bastante paciencia, pero como para vengarse desde el siguiente día, se entregó á nuevas extravagancias y excesos; fué un recrudecimiento de locura. El conde aventuró algunos reproches y esta vez el joven olvidó todo respeto; audazmente impertinente se mojó de su padre, y no temió echar le en cara su ternura y ridículas debilidades para con él.

—Hago lo que me place — añadió el vizconde — si obro mal, culpa tu ya es. No quiero recibir reconveniones de nadie.

El conde tembló de cólera; no pudo pronunciar más que una palabra señalando la puerta á su hijo.

—¡Salid!

El conde acababa de recibir una profunda herida en el corazón. Un puñal no le hubiese causado mayor dolor. La herida debía ser incurable.

A medida que su loca ternura por Gontrán iba disminuyendo, agrandábase sus remordimientos, sintiendo su corazón desgarrado implesablemente por acredos garfios.

Todo lo había sacrificado á su hijo; por su hijo había cerrado su corazón y su alma á todo otro sentimiento, y habíase rebajado á representar un papel indigno, no retrocediendo ante la monstruosidad de un verdadero crimen!

Para castigarle, Dios utilizaba á su hijo. ¡Se había sacrificado por su hijo y le había amado con pasión, con frenesí, y su hijo no sentía por él ni gratitud, ni cariño, ni respeto; su hijo no le amaba!